

¿La Iglesia tiene la culpa?

Sebastián Mantilla, S. J.

Por lo que parece la Iglesia Católica tiene la culpa de todos, o casi todos, los infortunios que aquejan a los países de Latino América. Es una cantinela a la que estamos ya acostumbrados, a fuerza de oírla. Aunque no nos convenza. Y menos las afirmaciones de un simple periodista, cuando no nos han persuadido los argumentos pretenciosos esgrimidos por personajes de mucho más relieve.

Ultimamente ha caído en nuestras pecadoras manos la traducción al español de un libro que el periodista norteamericano Leslie Dewart publicó en inglés hace tres años con el título "Christianity and Revolution" (Herder and Herder, New York, 1963) y que ahora edita Herder de Barcelona (1), y no hemos resistido a la tentación de dedicarle este pequeño comentario.

No es infrecuente encontrar en todas las latitudes escritores que se dicen católicos, que alardean de demócratas y que, a pesar de ello, consideran a las llamadas "democracias populares", estilo Mao-Tse Tung, como ejemplos de libertad y democracia. Lo que no es tan frecuente es hallar gentes que tengan el valor de prescindir de esta cómoda careta democrática, para lanzarse resueltamente a defender el totalitarismo comunista.

Dewart parece ser uno de estos. No busquéis en su libro la justificación del título que le ha puesto: "Cristianismo y Revolución". Debiera haberlo titulado: "La Revolución libertadora de Castro y la contrarrevolución de la Iglesia de Cuba", lo cual es un poco diferente.

Apenas se encuentra en sus páginas la palabra "democracia", si no es rara vez y más bien para abominar de ella (véase por ejemplo pág. 23), ni se halla una sola explicación al acontecimiento fundamental de esos millares que ayudaron a Castro a expulsar a Batista del poder y se empeñaron con sus vidas en implantar en su Patria un régimen parlamentario y libre, atraídos por las falsas promesas que Castro les hizo y que repitió hasta su entrada en La Habana, asegurando que "pronto" habría elecciones libres. Dewart da por supuesto que no hubo si-

no "una" Revolución y esta fué la que inició Castro en la Sierra Maestra y la que continuó luego rodeado de comunistas y continúa hasta el momento actual. (La evolución ideológica de Fidel, si la hubo y cuando, son detalles que tienen sin cuidado a todos los cubanos, aunque para Dewart sea objeto de muchas páginas de explicaciones inútiles). En lo que ni por un momento sueña Dewart es en analizar si esta actitud final del Jefe supone una traición a los ideales del 26 de Julio, tantas veces pregonados por el Dictador comunista, ni se detiene siquiera a probar a los lectores la "conveniencia" de este viraje en redondo. Es otro "detalle" que no le interesa. Se da por supuesto.

Una vez adoptada esta fácil postura, tiene una explicación sencilla otro hecho, extraño sobremanera: el que sus más íntimos colaboradores de la Sierra se le fueran separando de su lado, y el que el mismo Castro "liquidara" buenamente a otros de los más populares, que no pudieron escaparse a tiempo. La explicación, para Dewart, es que los tales eran unos "contrarrevolucionarios". Pero lo que se culpa muy bien de aclarar Dewart es contra qué clase de

(1) DEWART, Leslie, - "CRISTIANISMO Y REVOLUCION". Herder, Barcelona, 1965.

HACIA LA DIVINIZACION DEL...

fachada en la que él mismo se ha puesto como estatua principal; una fachada grandiosa que se ve ya desde cualquier continente, gracias a los agentes y el dinero que envía Pekín a las más distantes regiones y a la incesante propaganda escrita y radiada en multitud de lenguas extranjeras.

Los acontecimientos parecen probar que no todo es fachada de papel: la brillante campaña militar contra la India, las dos explosiones atómicas, las amenazas de entrar en la guerra del

Vietnam, mientras el equipo chino consigue el campeonato mundial del ping-pong en Ljubljana (Yugoeslavia). Ciertamente, la fachada es impresionante.

¿Pero qué hay detrás de la fachada? ¿Está el pueblo chino tan unido, tan contento con sus gobernantes, tan feliz con su bajo nivel de vida, como la propaganda al exterior y varios visitantes extranjeros aseguran? El estudio analítico de la prensa comunista nos puede descubrir otra cosa.

"revolución" se alzaron estos, o si más bien fue Castro el que se alzó contra la "Revolución" (la única verdadera, la del 26 de Julio), si traicionó a la "Revolución" y en consecuencia se distanció totalmente de los que, en su inocencia, le ayudaron a encaramarse a la actual dictadura comunista, y los forzó a seguir sin él en su conquista de la libertad. Más bien se muestra indulgente con la traición de Castro a la que llama (por ejemplo en la pág. 190) "revolución social" y de la que asegura que "era básicamente justa y humanamente requerida".

La Iglesia también fue contrarrevolucionaria

Antes de adentrarnos en la tesis de Dewart, permítasenos una aclaración previa. La Iglesia ni es revolucionaria en el sentido en que aquí se pretende, ni contrarrevolucionaria, porque la Iglesia no es un partido político. La Iglesia católica es una institución divina que está a cien mil codos por encima de todos los partidos y de todas sus ideologías, y (como sociedad doctrinal que es) se limita a exponer los principios del Evangelio, sin importarle el que las consecuencias que de ellos se deducen agraden o no agraden, resulten demasiado revolucionarias para algunos y para otros demasiado poco, ni de que la actitud que, en consecuencia adopten los ciudadanos de un país que sean cristianos y se mantengan fieles a sus enseñanzas, sea un obstáculo molesto para la implantación de ciertos idearios. Ni tampoco le importa el que, por ello, unos y otros se empeñen en perseguirla y en culparle de sus errores. Porque se la persiga, la Iglesia no ha dejado de exponer los principios del Evangelio, ni cesará en su empresa en el futuro, guste o no guste a los comunistas.

Esta es una doctrina que conoce todo católico medianamente instruido, y que debiera ser también familiar a Dewart, sea él mismo católico o sea, al menos, un hombre culto, como lo prueba en sus escritos. En todo caso, sus convicciones no le impiden el tratar a la Iglesia como se trataría a un partido político más.

Y aunque en ello se equivoca de medio a medio, hecha la anterior salvedad, no tenemos inconveniente en situar la discusión en este falso terreno en que él la sitúa, para demostrarle que, aún en él, su acusación contra la Iglesia es irrelevante y en nada le ayuda a salvar a Castro de su "entreguismo", que es uno de los fines de este libro, tan "profundamente documentado" a creer a la Editorial "Herder".

El mismo pecado de traición de Matos, Artime, Urrutia, Cienfuegos, etc. etc., fué el de la Iglesia.

Aquella Iglesia que —según Dewart— (Cap.

VI, págs. 96 a 78) era tan introvertida, tan pobre en sacerdotes nativos, tan aferrada a una mentalidad propia de la Edad Media, tan insignificante en una palabra, fue "una de las partes responsables de haber ayudado a introducir el comunismo en la isla, y, quizás lo fue bastante más que ninguna otra causa" (pág. 68) ¿Cuál fue su ayuda al comunismo?

Como para Dewart la Iglesia se dedicó tan sólo a formar a los jóvenes de las mejores familias (olvidando la labor de la Acción Católica en los suburbios de La Habana, silenciando la labor de la JOC, ambas perseguidas a muerte por Batista, olvidando la enseñanza gratuita en muchas escuelas, olvidando la formación de técnicos obreros en la Electromecánica de Belén, hoy "Patricio Lumumba", etc.), acaso pudo culparla de no haber hecho más en el terreno social. Pero esto no tiene importancia mayor. El pecado de la Iglesia está en que, después de ver partir para la Sierra Maestra lo mejor de los jóvenes católicos, después de recibir con alborozo el triunfo de un movimiento que iba a restablecer las garantías constitucionales y la libertad para ella como para todas las demás instituciones religiosas y para todos los ciudadanos cubanos, se resistiera a ponerse a tono incondicionalmente y desde el primer momento con el tinte creciente rojo que iba dándose a la "Revolución" desde las alturas del Poder.

Esta es en el fondo la queja que rezuman las páginas de este libro. Que los Obispos cubanos, en vez de aconsejar abiertamente a los fieles desde los primeros días del "cambio" que olvidaran toda la sangre que sus hijos vertieron por la libertad, que abandonaran totalmente sus ansias democráticas y que se sometieran dócilmente al nuevo orden totalitario, que dichos Pastores supremos tuvieran la prudencia y la serenidad de esperar (siempre pensando que las cosas no irían demasiado lejos), de ver venir los acontecimientos en un humilde y cauto silencio y de que sólo cuando se persuadieron de que tenían comunismo "para rato", hablaran ponderadamente, aceptando del nuevo régimen lo que un creyente y un demócrata puede razonablemente aceptar. En consecuencia, con su actitud "contrarrevolucionaria", la Iglesia fue tan culpable de haber empujado a Castro hacia el comunismo como lo pudieron haber sido su hermano Raúl, Rafael Rodríguez, Marinelo, el "Ché" Guevara y todo el resto de su camarilla.

Pero vayamos a cuentas. Supongamos por un momento que en el camino decidido de Fidel hacia el comunismo hubiera tenido algún influjo la actitud hóstil de esa —según Dewart— "insignificante" Iglesia cubana. ¿Hubiera preferido Dewart —en su afán por dis-

culpar a Castro— encontrarse con una Iglesia resueltamente "revolucionaria" o al menos silenciosamente obsequiosa con la conspiración de los camaradas? Con o sin una Iglesia benévola, el resultado hubiera sido sensiblemente el mismo, y los mismos equilibrios dialécticos que hace Dewart muestra todavía con mayor claridad que resulta totalmente ineficaz su empeño en culpar a la Iglesia de lo que Castro hizo y hubiera hecho, con o sin el apoyo de la Iglesia.

En el reparto de responsabilidades que aminoren el pecado de Fidel toca también su parte, y no pequeña, a los EE. UU. a los que Dewart obsequia con sus denuuestos, (muy finalmente expuestos, pero denuuestos al fin y al cabo), quienes, con su actitud suspicaz, y su falta de comprensión, fueron culpables de que este se echara en brazos de Rusia. A esta labor denigrante contra su propia patria dedica Dewart todo el Capítulo III, que titula "Los instigadores desde el exterior", amén de otras amplias referencias en el resto de la obra. Ni que decir tiene que en este empeño yanqui por "aplastar" la "Revolución" (entiéndase siempre la seguida sinuosamente por Castro y su grupo de consejeros comunistas), la Iglesia hizo el juego a los EE. UU.

Para que no quede la menor duda sobre su pensamiento, el mismo Dewart se encarga de recapitular hacia el fin del libro (pág. 124) la lista de cargos.

"He tratado —dice— de mostrar, en mi relación de la revolución cubana, que, aunque es innecesario e imposible distribuir la culpa entre las partes responsables de la tragedia, es importante comprender los diversos papeles desempeñados por los diferentes protagonistas. En cierto modo, como ya hemos visto, podría decirse que el papel decisivo fue acaso el desempeñado por la Iglesia católica; pero dentro del total de la Iglesia católica, el papel más decisivo, al menos en cuanto a falta de iniciativa, fue interpretado, a mi juicio, por los católicos seculares. Y dentro de los seculares católicos, fueron los intelectuales los que más completamente fallaron. No resulta muy claro qué sea "eso" en lo que fallaron. Al parecer, en lo que "fallaron" fue en no aconsejar resueltamente a los Obispos que se sometieran incondicionalmente a la voluntad de los dirigentes comunistas, inaugurando una política de "coexistencia pacífica".

Hemos escrito más arriba que Dewart se muestra indulgente con la "traición" de Castro a los ideales del 26 de Julio. Pero esto es poco. Dewart se esfuerza por probar que Castro procuró llevar a cabo este programa, pero que fue el mismo pueblo el que le encum-

bró a la dictadura y le forzó a constituirse en mandatario único, haciendo imposible la realización de aquellos ideales. Es lo que hace en el Capítulo V, "Las disyuntivas ilusorias", (pág. 61 y sigs.) donde nos cuenta, a su manera, la historia tragicómica de la renuncia de Urrutia, a quien el mismo Castro constituyó Presidente de Cuba, y al que él mismo hizo fracasar con su ridícula retirada a la "vida privada" (mejor aún: con su desaparición total de la escena, hasta el punto de que pocos sabían de su paradero), en tanto se preparaba convenientemente a las masas para que pidieran a voces y de un modo totalmente "espontáneo" su vuelta al poder. Esta renuncia de Urrutia nos recuerda la del famoso Sancho Panza, el escudero del inmortal D. Quijote, enviado por los Duques a gobernar la Insula Barataria en son de burla, de la que todos estaban en el secreto menos el mismo Sancho Panza y el iluso hidalgo manchego.

Pero hasta cierto punto nada tiene de extraño que Dewart haya podido ser engañado de buena fe (aunque no sea fácil de digerir este supuesto), si se tiene en cuenta la "profunda documentación" en que se apoya. El que hojee su libro podrá comprobar con qué frecuencia aparecen al pie de muchas de sus páginas el "New York Times" y la revista "Bohemia" como fuentes de información. Ni el "New York Times" se ha distinguido nunca como un informador objetivo, ni la revista "Bohemia" gozaba de crédito moral alguno, no sólo por su largo historial de calumnias y chantajes, sino por hallarse supeditada totalmente a las imposiciones informativas provenientes de Castro y su camarilla, supeditación que aguantó su director Miguel Angel Quevedo hasta el día en que se decidió a huir para salvar su vida. La escrupulosa objetividad de Dewart queda con esto muy en entredicho y poco puede ayudar a salvarla el uso de otras fuentes de información.

La coexistencia con el comunismo.—

Pero dejemos ya estos "detalles" para ocuparnos de la magistral lección que Dewart pretende dar en su libro a la Iglesia y a los fieles, no sólo de Cuba, sino del mundo entero. Naturalmente que esta lección la da desinteresadamente y llevado de su deseo de evitar sorpresas desagradables en el futuro.

Su tesis la resume él mismo en estos puntos:

1).— Interesa a los cristianos todos, no sólo a los cubanos, mantener la paz con el mundo comunista.

2).— Aunque los cristianos piensen que no se puede confiar en el "diálogo" con los co-

munistas, hay que intentarlo. "El fundamento para las negociaciones no es necesariamente la confianza mutua: basta con la comprobación del interés mutuo". (3).

3).— "El comunismo es para la Iglesia un reto, un estímulo, no una amenaza". (pág. 160) Debemos esforzarnos (los cristianos, se entiende, y con ellos Dewart) en redimir al comunismo "no simplemente y, acaso, no primordialmente por nuestra adaptación y adopción del bien y de la verdad que el comunismo pueda ofrecernos, sino ante todo por aquella purificación interior y aquella cada vez más estricta santificación de nuestra fe y de nuestra Iglesia que acompaña a ese diálogo". Es, al decir del autor, lo que Juan XXIII propugnaba.

Hace por fin una última observación: "Las ideas no pueden ser destruidas a sangre y fuego". "La victoria sobre el comunismo debemos concebirla como una victoria espiritual total" (págs. 161 y 162). Magnífico! Nada, por consiguiente, de resistir por las armas a esos desembarcos no armados, sino puramente de ideas, que los castrocomunistas cubanos vienen realizando continuamente en nuestros países de América Latina. Pero lo malo del caso —y es cosa que no tiene en cuenta el espiritualísimo Dewart— es que si las ideas no pueden ser destruidas a sangre y fuego, al menos la práctica comunista prueba, con demasiada evidencia, que "pueden ser implantadas a sangre y fuego". No necesitamos ir muy lejos (Polonia, Hungría, Ucrania, Yugoslavia, Rumanía), para convencernos de ello. Nos basta mirar a esa misma Cuba en la que, además de la propaganda de radio, discursos, panfletos, a la que se somete constantemente las mentes del sufrido pueblo cubano, se añade un régimen policial de acusaciones y denuncias que nada tiene que envidiar a los más perfectos empleados por los rusos en todas partes, y que obliga a los "pesudocamaradas" a extremar un radicalismo que no sienten para evitar males mayores. Evidentemente que el miedo al paredón, o a la Isla de Pinos, no son métodos de implantación de las ideas "a sangre y fuego"! (4).

¿Quién podrá admitir semejantes argumentos?

Conclusión.—

El método recomendado por Dewart no puede ser ni más inocente ni más inócuo. Es,

por lo demás, la tesis derrotista que continuamente vemos predicada por comunistas y filocomunistas en todas partes. (5) El que estas normas se hallen de acuerdo o no con las directrices pontificias es cosa que, al parecer, tiene sin cuidado a Dewart.

Tanto ellas, como las cartas de los Obispos cubanos pueden admitirse o rechazarse, según convenga. El va delante con el ejemplo, criticando acerbamente y hasta ridiculizando lo que estos últimos escribieron para orientación de los fieles durante aquellos difíciles tiempos de la "evolución" hacia el comunismo integral. Pero todo ello adobado con manifestaciones del más fervoroso cristianismo y envuelto en una aureola de abnegación y espiritualismo que no hay más que pedir. Indudablemente que si, en vez de aceptar sumisamente las orientaciones de sus legítimos pastores, los fieles cubanos se dejaran aconsejar de "videntes" tan ilustrados como Dewart, la Iglesia católica iría mucho mejor. Es una lástima que no hubieran nombrado a Dewart Obispo de Cuba!

Dejamos al lector reflexivo y consciente el cuidado de juzgar por sí mismo acerca del valor, de la conveniencia y de la oportunidad de estas desinteresadas orientaciones. Nosotros, por nuestra parte, nos encontramos un poco perplejos ante el hecho de que una Editorial como "Herder", que hace gala de publicar libros de sana doctrina (muchos de ellos incluso con censura eclesiástica), se haya lanzado a hacer el caldo gordo a estas peregrinas teorías con la traducción al español de este libro, que publicó primero en inglés "Herder and Herder" de Nueva York.

(3) Véase pág. 157, en la que añade esta curiosa observación: "Si, por ejemplo, por razón de su falsedad no se concede al comunismo el derecho de ser oído, los derechos de los comunistas podrían zozobrar. Y si a las sospechas de comunismo no puede concedérseles el mismo beneficio de la duda que se otorga a otras acusaciones políticas, se priva a los comunistas injustamente de sus derechos sociales y políticos". El que el comunismo en todos los países donde manda prive de estos "derechos sociales y políticos" a los no comunistas, no debe impedir el "diálogo" y es un detalle que al parecer para Dewart no tiene importancia alguna.

(4) Véase el cuadro que publicamos al final de este artículo.

(5) Y hasta por cierto tipo de prensa "católica". Véase, por ejemplo, lo que suele escribir con relativa frecuencia "Informations Catholiques Internationales" y otras publicaciones del mismo estilo.

ROL DE HONOR DEL REGIMEN CASTRISTA

(Hasta Julio de 1964.)

MUERTES:

Fusilados (identificados)	1,513
Fusilados (sin identificar)	2,893
Asesinados presentados como suicidios y muertes naturales	721
Muertos en prisiones (por castigos, tor- turas, intentos de escape, mala co- mida y desatención médica)	1,121
Muertos en ciudades por acciones de sabotaje y resistencia	1,952
Muertos en campos por protestas, gue- rrillas e intentos de fuga	3,460
Muertos en el mar tratando de escapar	875
	12,535

ENCARCELAMIENTOS:

Con celebración de juicio	28,600
Sin celebración de juicio	35,750
En "Centros de Rehabilitación"	8,260
	72,610

EXILADOS:

En Area de los Estados Unidos (hasta el 30 de Marzo ed 1964)	285,000
En Puerto Rico	12,000
En Latinoamérica	65,000
En Europa	15,000
	357,000

TRAMITANDO EL EXILIO:

Con papeles, visas terminadas, etc. . .	542,500
---	---------

(Tomado de LUX, Miami, EE. UU.)

Las Amas de Casa que saben Cocinar
prefieren las Estufas

TROPIGAS

- Por su rapidez
- Limpieza
- Sencillas de operar
- Económicas.

Convénzase pidiendo una demostración al
Tel. 4004

Tropical Gas Company, Inc.